



MALESTARES COTIDIANOS Y PARTICIPACIÓN SOCIAL

Autora: Ayelén Losada Cucco

II ENCUENTRO DE PROFESIONALES DE SALUD PÚBLICA

Madrid, mayo, 2015

MALESTARES COTIDIANOS Y PARTICIPACIÓN SOCIAL

Conferencia inaugural del II Encuentro de profesionales de salud pública:
“La salud pública que queremos”.

Asociación Madrileña de Salud Pública (AMaSaP).

Autora: Ayelén Losada Cucco

Quiero rescatar el gran valor de la tarea de los y las profesionales que se dedican a la salud pública, en una misión concreta que es el desarrollo de la participación social.

No son los/as únicos/as profesionales que lo hacen pero, en el ámbito de la salud, AMaSaP propone acciones propositivas y sistemáticas encaminadas a ello.

Y se hace de una forma compleja, como se plantea textualmente en el documento La Salud Pública Que Queremos (SPQQ), en su página 15: “No entendemos la participación como la mera recepción de información, sino la discusión, la negociación, el aumento de la capacidad, la formación de los agentes y la toma de decisión conjunta”.

Y es que la participación social es necesaria no solamente para la salud sino para la vida.

Participar es “ser parte”. Es pertenencia y cooperación. Es construir con otros y otras lo que es de todos y todas, y lo que es de todos/as es de uno/a mismo/a también. Es ser con los otros, y eso es lo que nos hace humanos. Nos construimos como seres humanos en la relación con los otros. Un “cachorrito” humano podría sobrevivir amamantado por un animal, pero solamente se humaniza a través de un vínculo con otro ser humano.

Participar es una necesidad intrínseca al hecho de ser seres sociales y, por tanto, es un derecho.

Y participar no es sólo *asistir*.

Participar es crear, es ser partícipe de la creación conjunta; es crecer, es cambiar. Ser partícipe de algo dinámico, no repetitivo. Participar es también tener la posibilidad de crear lo nuevo, lo que no está: es instituir las nuevas estructuras o necesidades, cambiar lo instituido.

Y para participar hace falta conocer, observar, escuchar, opinar,... hace falta saber disentir, saber proponer, hace falta saber consensuar... Participar es Democracia.

Favorecer la participación es dar protagonismo al otro/a, es fomentar la autonomía de las personas. Participar es dejar ser. Dejar ser al otro/a.

Y desde ahí, me parece importante reflexionar el lugar profesional desde el cual se favorezca ese “dejar ser”. Nos vamos a encontrar con la realidad y

las personas y a lo mejor no es lo que nos imaginamos y no es lo que nos gustaría encontrar, pero es con eso con lo que tenemos que trabajar, ubicando bien, desde la humildad, nuestro rol profesional.

Por eso admiro a los y las profesionales que de manera obstinada y apasionada trabajan para desarrollar la participación social o comunitaria.

Pero sin embargo,... a pesar de nuestra obstinación apasionada con la que creamos dispositivos, desarrollamos programas, favorecemos encuentros, elaboramos propuestas, diseñamos talleres fantásticos..., muchas veces nos pasa que después de todo el esfuerzo... resulta que vienen 5. Que decimos que las mujeres necesitan empoderarse, hacemos un taller para ello y el primer día 11, el segundo 7, el tercero 3... y finalmente se disuelve...

Y una dice: ¡Pero bueno! ¿No es que participar es una necesidad humana, una necesidad social, colectiva, y resulta que trabajamos obstinadamente para generar esos espacios, y luego la gente no viene? ¿Por qué pasa esto? ¿Qué está pasando?

Es necesario afinar bien el análisis de esta problemática, porque muchas veces, en la cotidianidad de la tarea profesional decimos: ¡Lo he hecho mal! Y nos fustigamos (no he detectado bien la necesidad, no he diseñado bien la actividad...). O bien decimos: ¡Es que la gente!: ... es que la gente no viene..., es que la gente va a su bola..., y nos enfadamos con la gente.

Es necesario saber que la participación es una dimensión de la vida que está expropiada. En las sociedades capitalistas se genera una sociabilidad centrada en el individualismo, que rompe el lazo social y recorta a los individuos expropiando su capacidad de cooperar con otros. El ser humano es capaz de cooperar tanto como de competir, pero, como todas las capacidades humanas, hay que aprenderlas y entrenarse en ellas.

Expropiar significa “quitar la propiedad”, implica que eso que se expropia “ya no es tuyo”. No es solamente que sea robada (y por tanto, se podría reclamar), sino que se quita la propia conciencia de propiedad, se expropia la propia conciencia de la necesidad de la participación para la vida.

Se ensalza la individualidad desprestigiando todo lo relacionado con el hacer con otros/as, asociando lo colectivo a la dependencia, a la necesidad en situación de crisis, o al fracaso de la autosuficiencia.

La vida cotidiana está inundada de malestares relacionados con esa expropiación: la logística cotidiana para todas las tareas de cuidados: a los/as niños/as, los/as mayores, la casa, la alimentación, implica grandes desgastes y sobrecargas por tener que resolver cada uno lo suyo. Cuesta pedir, cuesta ofrecer, cuesta imaginar y concretar un acto cooperativo.

Vemos en la cotidianidad: soledad en la gente mayor, sobrecarga en las personas cuidadoras, trajín y estrés en padres y madres al llevar a los niños/as al colegio, a danza, a pintura, a inglés... vemos angustia y depresión individual frente a situaciones difíciles individuales o sociales.

Malestares que con una forma más comunitaria de organización de la vida se podrían mitigar o evitar. Necesidades que hoy se cubren con grandes

esfuerzos en las vidas de cada uno/a, o a través de su mercantilización como un servicio que se paga (lo cual es más reconocido en el sistema de mercado y sus lógicas).

Malestares que se manifiestan cotidianamente en forma de queja, pero disociada de sus causas, y que se cuelan en consultas y despachos en forma de demandas, a veces indeterminadas: “No sé qué me pasa”, a veces, masivas, “resuélvame lo usted”, a veces, desde el reclamo pasivo, “deme algo”.

Por eso es tan importante desarrollar la participación, el protagonismo y la autonomía. Es una tarea en sí misma.

No sólo hay que *implantar* y *favorecer* (como dice el documento SPQQ) la participación comunitaria, sino que hay que trabajar por *recuperar* el deseo de participar y *reconstruir* la capacidad de ello.

Y para esto hacen falta espacios, tiempo, recursos y métodos. Con elementos de análisis que nos permitan unir los efectos con sus causas y capacidad instituyente para crear alternativas. No por abrir espacios a la participación se garantiza la misma.

Me alegro enormemente de que este encuentro de AMaSaP esté encaminado a ello y seamos más en el camino.

Ayelén Losada Cucco.
Especialista en Metodología ProCC.
Miembro del Equipo Docente Internacional del Centro Marie Langer.